

zado que cumplió un rol protagónico en el ámbito del movimiento indígena. Desde el inicio de la lucha participó en las movilizaciones, especialmente en las marchas, cuando en la década de 1970 se vislumbró la necesidad de organizarse.

Un aspecto para resaltar son las propuestas del movimiento indígena más avanzado políticamente, relacionado con el indianismo y el katarismo, que se orientó hacia la participación política en los espacios de poder, con sus propias identidades políticas e ideológicas. Sobresalen el manifiesto de Tiwanaku de 1973 y el movimiento katarista promovido por los estudiantes universitarios, a través del Movimiento Universitario Julián Apaza (MUJA), que tenía como uno de sus planteamientos persistentes la constitución de un gobierno indígena. El trabajo concluye mostrando los movimientos indígenas del cambio iniciado, entre 1997 y el 2003 por Felipe Quispe, Alejo Véliz y Evo Morales.

De acuerdo a las nuevas tendencias teóricas, Roberto Choque y Cristina Quisbert se inscriben en la denominada “historia del presente” que en la historiografía tradicional, de fuerte influencia positivista, no está bien vista. Sin embargo, con *Historia de una lucha desigual*, Roberto Choque y Cristina Quisbert nos invitan a realizar una relectura de la realidad boliviana, mirando la historia desde otra óptica: la realidad indígena. Como decía el shuar, de los pueblos amazónicos ecuatorianos, Aij Juank, en su libro *Pueblo de Fuertes*: “con este texto queremos contribuir a que el hijo de nuestro pueblo que se inicia a la vida se haga consciente de pertenecer a un pueblo de valientes”.

*Juan H. Jáuregui*

Centro de Estudios para América Andina y Amazónica  
(CEPAAA) Bolivia

GUADALUPE SOASTI TOSCANO, COMP., ***POLÍTICA, PARTICIPACIÓN Y CIUDADANÍA  
EN EL PROCESO DE INDEPENDENCIA EN LA AMÉRICA ANDINA,***  
QUITO, FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER, 2008, 348 pp.

Uno de los resultados positivos que producen las conmemoraciones de los hechos que se consideran memorables es la oportunidad que brindan a sucesivas generaciones de historiadores de volver a estudiarlos desde las nuevas perspectivas que brinda el tiempo transcurrido. Porque si bien los acontecimientos históricos pasaron como pasaron, la forma como se los entiende va cambiando con cada nueva generación. Eso ha sucedido, sin duda, con la conmemoración de la independencia de América, cuyos estudios se han concentrado en torno al primer centenario, el sesquicentenario y, ahora, del bicentenario, que se está cumpliendo a partir del año 2009.

El libro que aquí se comenta es un ejemplo de la beneficiosa utilización de la conmemoración para mejorar la comprensión de los acontecimientos que se conmemoran. Recoge los trabajos presentados en el Coloquio Internacional “Memoria e Historia Regional: una mirada al proceso de independencias en la América Andina” que tuvo lugar en Quito, en mayo de 2007, con el auspicio del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), la Cooperación Regional Francesa para los países andinos, la Fundación Museos de la Ciudad (Quito), el Gobierno de la Provincia de Pichincha y la Asociación de Historiadores del Ecuador (Adhiec).

El libro publica 13 ponencias que, en lo geográfico, cubren los países de origen de sus autores: Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. El título se refiere a “las independencias”, en plural, no por esa circunstancia sino por la convicción que el movimiento independentista buscó cosas diversas en distintos momentos, las que luego fueron unificadas bajo una sola mirada por la historiografía tradicional, por lo general de corte nacionalista y patriótico. Los trabajos se agrupan en tres secciones, alrededor de las cuales se presentan los comentarios que siguen.

El primer artículo corresponde a Carlos Contreras, profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú, titulado “La independencia del Perú. Balance de la historiografía contemporánea” (pp. 13-39). Por “historiografía contemporánea” Contreras entiende las obras publicadas a partir de 1971, cuando se conmemoraron 150 años de la declaración de independencia de ese país, por el general San Martín, el 28 de julio de 1821, fecha escogida, más o menos arbitrariamente, como la de independencia. Entre 1971 y 1976, con el auspicio del Estado, se publicó la monumental “Colección Documental de la Independencia del Perú” (CDIP), organizada en 24 tomos y con un total de 86 volúmenes (si bien se habían planificado varios más), que, de alguna manera, estableció la versión “oficial” sobre el tema. A partir de esos documentos, Contreras analiza las principales corrientes historiográficas y los trabajos más importantes (libros pero también artículos) que se han publicado en las últimas cuatro décadas sobre la independencia del Perú, tema sobre el que “la historiografía refleja más claramente que en otros, las preocupaciones del presente volcadas en el estudio del pasado.” (p. 33) Al estudio le sigue una útil bibliografía, con 57 entradas. Un trabajo profesional y lúcido, de gran utilidad tanto para el especialista como para quien busque referencias específicas sobre el tema, así como para historiadores de otros países que requieran de una orientación.

La segunda ponencia corresponde a Alfonso Múnera, director del Instituto Internacional de Estudios del Caribe de la Universidad de Cartagena, sobre la “Historiografía de la participación de las ‘razas’ en la independencia del Caribe colombiano: Afrodescendientes en Cartagena de Indias” (pp. 41-58). Aquí

la delimitación no es temporal, pues se mencionan obras muy tempranas y recientes, sino temática. Por eso el corpus analizado es menor (17 entradas), si bien agrupado en dos acápite cronológicos: “los relatos tradicionales” (pp. 44-50) y “los nuevos estudios” (pp. 51-55). El autor concluye que ha existido “un cambio profundo” de “la mirada tradicional de asociar la participación de estos sectores a imágenes negativas”, pasando por “la mirada de los años 70 y 80 de ignorarlos por completo” hasta la más reciente historiografía de las dos últimas décadas que “admite, finalmente, que negros y mulatos jugaron un importante papel al frente de la lucha por la independencia de Colombia, especialmente del Caribe colombiano.” (p. 55). De nuevo estamos ante un análisis informado, útil y sugerente.

El tercer artículo se mueve entre la “historiografía” y las “propuestas políticas regionales”. Corresponde a Rossana Barragán Romano, de la Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia) y se refiere a la “Legitimidad de la historia o historia de legitimidades en la disputa por la capital de la República: Lecturas sobre la ‘Revolución del 16 de Julio de 1809’ en el siglo XIX, en el 52 y en la actualidad” (pp. 59-83). Plantea que “las disputas y proyectos políticos en pugna van modelando las lecturas y reescrituras de la historia”, para lo cual utiliza la noción de “trama” de Paul Ricoeur que la define como un acto configurante que “extrae una historia de una serie de acontecimientos transformándolos en una historia” (p. 60). Estudia la historiografía sobre el movimiento de julio de 1809 en La Paz en tres momentos: el siglo XIX, la época del Movimiento Nacionalista Revolucionario a mediados del siglo XX y la “actualidad”, representada por la tesis de licenciatura de Roberto Choque Canqui (1979), “uno de los primeros historiadores aymaras de la Carrera de Historia” (p. 75). Concluye que “en Bolivia, la historia tiene un lugar central en la legitimación de los proyectos políticos y la construcción de sujetos e identidades a partir de esas lecturas porque ellas determinan el sentido de las luchas políticas” (p. 79).

A continuación está el trabajo del historiador ecuatoriano Ángel Emilio Hidalgo, del Archivo Histórico del Guayas, sobre “Regiones, élites regionales y proyectos políticos contrapuestos, previo al proceso de formación de la República (1820-1830)” (pp. 85-99). Comienza por notar que hace falta un estudio más profundo de las condiciones históricas que permitieron la constitución del Estado ecuatoriano, desde una óptica que privilegie el rol regional (p. 85). A continuación sugiere la participación de las tres principales regiones que integraron el Ecuador (lideradas por las ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca) durante el proceso independentista, los años grancolombianos y la Constitución de 1830, para mostrar que cada una con su propio proyecto político, a veces contrapuesto a los de las otras regiones. Finaliza afirmando que los “impulsos centrífugos y fuerzas centrípetas se mantuvieron, a lo largo del siglo XIX, en lucha por capturar espacios de poder e intervenir ideológica-

mente, en los diversos ámbitos de la vida política, económica y sociocultural de la nación” (p. 97).

Cierra esta primera sección la ponencia del también ecuatoriano Luis Alberto Revelo, de la Dirección de Memoria Institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, sobre “¿Prosperidad o supervivencia?: El caso de los productores de aguardiente de las 5 Leguas de Quito durante el período de Independencia” (pp. 101-119). Este ensayo estudia “los monopolios fiscales y sus consecuencias en el comercio quiteño a principios del siglo XIX” (p. 101) a través del caso de la producción de caña de azúcar, aguardiente y Estanco, desde la época colonial, la Gran Colombia y los primeros años de la República, para mostrar cómo el monopolio de la producción causó una serie de conflictos, “pero no diluyó el próspero negocio del alcohol, el mismo que se consolidó hasta 1950, año en que se abolió el Estanco de aguardiente en el Ecuador” (p. 117).

La segunda parte, referida a “Memoria e historia: los museos y las celebraciones”, abre con el trabajo de Cristina Lleras Figueroa, curadora de las colecciones de Arte e Historia del Museo Nacional de Colombia, titulado “Mis primeros 200 años: Los públicos y la celebración del bicentenario en Colombia” (pp. 123-149). El ensayo inicia con una serie de preguntas: “¿Estamos satisfechos con la manera como la historia y sus instituciones han construido la narrativa sobre la Independencia?” “¿Cómo representar la Independencia en el siglo XIX?” “¿Cuál es la promesa de esa memoria que se perfila para 2010?”, centrando la discusión en torno al caso de la percepción de la Independencia de los visitantes del Museo Nacional de Colombia (p. 124). Discute cómo la historia construye la identidad, la forma en que se representa la Independencia en el Museo Nacional de Colombia (incluyendo las reacciones de la “academia” y del “público” frente a esa representación), la enseñanza de la historia en la escuela, así como el contenido y enfoque de los textos escolares sobre la Independencia, para terminar preguntándose si es posible cambiar esas representaciones.

La siguiente ponencia, escrita por Elena Noboa Jiménez (Adhiec) se refiere a “Los museos nacionales: lugares de la memoria y del discurso de las nacientes repúblicas” (pp. 151-164). Su propósito es “analizar el papel de los museos nacionales como lugares de la memoria que consolidan una narrativa de nación” (p. 151). Parte de una explicación sobre el origen de los museos y, entre estos, los nacionales, aclarando que “el texto museológico se encuentra en una permanente tensión entre la homogeneidad creada y la heterogeneidad negada” (p. 153). Luego reseña el caso ecuatoriano, desde la efímera fundación de un Museo Nacional en la década de 1830 hasta la creación de los museos del Banco Central del Ecuador, a partir de la década de 1960, hoy del Ministerio de Cultura, el principal de los cuales pasó a llamarse “nacional”

en la década de 1990, para concluir que posiblemente “el establecimiento y sustento de un museo nacional no constituyó, ni constituye hasta ahora un proyecto interesante para ningún gobierno [ecuatoriano]” (p. 156). A continuación se refiere a la memoria y la narrativa de nación en la organización del museo, donde plantea que no se trata de “representar ‘todos’ los discursos que se sientan excluidos en estas narraciones monolíticas, sino la de plantear una ética de representación, que permita dar a conocer que lo que se escenifica y narra es solo una de las alternativas posibles” (p. 162).

A continuación se encuentra el ensayo de Raúl Román Romero, investigador del Instituto Internacional de Estudios del Caribe de la Universidad de Cartagena. Trata las “Celebraciones centenarias y conflictos simbólicos en la construcción de la memoria nacional colombiana, 1910-1921” (pp. 165-190). El estudio muestra que las celebraciones del primer centenario de la independencia colombiana, realizadas después de la Guerra de los Mil Días y de la separación de Panamá, acontecimientos que resquebrajaron la idea de unidad nacional, constituyeron la ocasión de reconstruir la idea. En ese intento se enfrentaron la visión andina, que privilegiaba el rol de Bogotá y el centro del país en la consecución de la independencia, y la visión caribeña o cartagenera, que destacaba los procesos y los héroes regionales. El trabajo utiliza los artículos de opinión y de polémica que publicó la prensa de aquellos días, así como los discursos de las autoridades de entonces y muestra que no se trataba solamente de diversas formas de ver los acontecimientos del pasado sino de la pugna de diversos intereses del presente. Más allá del caso específico colombiano, en el cual según el autor los puntos de vista del centro lograron silenciar a los de la periferia, el análisis tiene interés metodológico y podría servir como material comparativo para tratar otras tantas polémicas similares de los países latinoamericanos, como el que se examina a continuación.

La segunda sección cierra con la ponencia de María Soledad Castro, de la Dirección de Memoria Institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, que trata “Las celebraciones de los Centenarios de 1809, 1820 y 1822 en el Ecuador” (pp. 191-221), tema relacionado con el del trabajo anterior. Castro estudia una por una esas celebraciones, la primera se refiere al *Primer Grito de la Independencia* del 10 de agosto de 1809, en Quito; la segunda a la *Independencia de Guayaquil* del 9 de octubre de 1820 y, la tercera, a la *Batalla de Pichincha* de 24 de mayo de 1822, cuando la antigua Real Audiencia de Quito obtiene su independencia del Imperio español. Se ofrece útil y detallada información sobre el contexto político en el cual se desarrollaron las celebraciones, actos, discursos y exposiciones, entre otros, así como los monumentos y obras públicas que se inauguraron. Otra vez queda claro que las celebraciones tienen que ver con la conmemoración del pasado, pero igualmente con los intereses políticos, ideológicos y de otras índoles del presente. Quizá este

último tema pudo elaborarse más ampliamente en unas conclusiones que se echan de menos.

La última sección del libro, “Política, participación y ciudadanía”, abre con el estudio de María Luisa Soux, del Instituto de Estudios Bolivianos de la Universidad Mayor de San Andrés, sobre “Tributo, constitución gaditana y renegociación del pacto colonial” (pp. 225-251). El trabajo se inscribe en la discusión sobre la participación de los grupos indígenas en el proceso de la independencia. Después de revisar brevemente la bibliografía sobre el tema, Soux analiza el tributo como base de negociación del pacto colonial entre los indígenas, insurgentes y realistas, a través de lo cual rescata a los indígenas como actores políticos. El cuerpo del trabajo analiza el tema en varias etapas del proceso independentista, a partir de 1809, mostrando la participación indígena con una lógica propia, orientada a garantizar el acceso a la tierra y minimizar las exigencias del tributo y de la mita que, por supuesto, no tenían por qué coincidir con las discusiones de los blancos y mestizos sobre independencia o la fidelidad al rey. Queda claro que los acontecimientos que llevaron a la crisis del pacto colonial inauguraron una nueva etapa de negociación de los intereses indígenas con el Estado boliviano.

El segundo trabajo de esta sección corresponde a Alonso Valencia Llano, del Centro de Estudios Regionales (Región) y del Departamento de Historia de la Universidad del Valle (Cali) sobre “La oposición popular a los proyectos independentistas de las élites del sur de la Nueva Granada” (pp. 253-277). Esta ponencia muestra “los comportamientos de los sectores dominados durante el proceso de independencia de la Gobernación de Popayán” en varios momentos claves: la revolución de Quito de 1809-1812, la proclamación del cabildo de Cali del 3 de julio de 1810, la Junta de Gobierno de Bogotá del 10 de julio del mismo año, la restauración realista de 1816. El estudio también da cuenta de “la resistencia de los negros y mulatos del Patía y de los indios y mestizos de Pasto” a partir de 1819, cuando Simón Bolívar toma Santafé de Bogotá y pone fin al dominio realista en la Nueva Granada. La resistencia se mantiene después de que el general Sucre sale por Buenaventura hacia Guayaquil (1821) para dirigir la guerra por la independencia del actual Ecuador, sigue entre 1822 y 1824, bajo la conducción de los coroneles Benito Boves (español) y Agustín Agualongo (pastuso). La represión republicana se extiende hasta 1826, cuando la resistencia pastusa fue vencida y la república da a los habitantes del sur de la actual Colombia “la posibilidad de integrarse a ella sin ser concriptos forzosos, ni contribuyentes, simplemente: ciudadanos libres” (p. 272).

A continuación viene la ponencia de Lucía Moscoso Cordero (Adhiec) sobre “Mujeres de la independencia: el caso de Rosa Zárate” (pp. 279-291). Se trata del avance de una investigación en marcha que se basa principalmente

en el análisis de documentos primarios, varios de ellos inéditos. Comienza notando que la historiografía ecuatoriana prácticamente ha ignorado la participación de los sectores populares en el proceso independentista, y que, centrada como ha estado en el estudio de los “hombres-héroes”, tampoco se ha preocupado de rescatar la participación de las mujeres en aquellos acontecimientos. Señala varios nombres de mujeres que participaron en la lucha, cuyo estudio sería indispensable para lograr una visión menos excluyente del proceso. Después viene un recuento más bien esquemático de la vida novelesca de Zárate, fusilada y decapitada en Tumaco (Esmeraldas, actual Ecuador), el 17 de julio de 1813, al año siguiente de la derrota final de la revolución quiteña, por haber participado en los tumultos que causaron la muerte del Conde Ruiz de Castilla, presidente de la Audiencia de Quito, destituido por los revolucionarios. La autora aporta datos que permiten tener una visión más completa del personaje, pero que requieren ser colocados en un contexto más amplio, como la propia historiadora lo plantea.

La tercera sección, y el propio libro, cierran con el estudio escrito por Guadalupe Soasti Toscano (ADHIEC), coordinadora académica del Coloquio, en el cual se presentaron las ponencias y compiladora del libro. Su trabajo se titula “Pedagogía política ilustrada: De vasallo a ciudadano, lo que produjo el conocimiento de ‘Los derechos del hombre y el ciudadano’” (pp. 293-318). En la primera parte resume brevemente los antecedentes de la Ilustración en América y en Quito, desde fines del siglo XVIII, como marco para poder identificar “algunos rasgos de pedagogía política de los quiteños ilustrados, con miras a dar un giro cultural que apoye su proyecto político” (p. 295). Luego, y con igual brevedad, sintetiza los acontecimientos de la revolución quiteña de 1809-1812. A continuación utiliza dos documentos que cita y comenta: el juicio seguido a Antonio Nariño por la traducción y publicación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1794 y el informe del procurador general síndico personero de Quito, Ramón Núñez del Arco, quien informa detalladamente al Presidente de la Audiencia de Quito, Toribio Montes, de lo acontecido en esa ciudad durante la mencionada revolución, que ya había sido vencida. Sobre esa base postula que en los discursos de los patriotas quiteños “subyace la interiorización de los Derechos del Hombre y la posibilidad de accionar como ciudadanos, con una base de legalidad e igualdad construida como elemento cultural” (p. 315).

El libro finaliza con una extensa bibliografía general (pp. 319-346) y una sucinta nota sobre el Coloquio Internacional, cuyas ponencias recoge (pp. 347-348). Concluamos nosotros también esta reseña expresando la confianza que los años que restan del bicentenario del complejo y largo proceso de independencia latinoamericana (que en el caso del Ecuador, quizá el más largo de Sudamérica, terminó recién en 1830) sean utilizados por los historiadores

para profundizar la comprensión de esa etapa fundacional de los actuales Estados latinoamericanos.

*Carlos Landázuri Camacho*  
Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE)

NICHOLAS CUSHNER, ***HACIENDA Y OBRAJE, LOS JESUITAS Y EL INICIO DEL CAPITALISMO AGRARIO EN QUITO COLONIAL, 1600-1767***, TRADUCCIÓN DE GONZALO ORTIZ CRESPO, BIBLIOTECA BÁSICA DE QUITO, INSTITUTO METROPOLITANO DE PATRIMONIO, QUITO, 2012, 399 pp.

*Farm and Factory. The Jesuits and Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito, 1600-1767* es la obra original de Nicholas Cushner, Profesor de Historia del Empire State College, Universidad Estatal de Nueva York, editada hace ya treinta años. Texto conocido en el mundo académico ecuatoriano de la década de 1980, en el marco de los estudios sobre modernización campesina y conflictos agrarios, donde la transición al capitalismo en el agro fue precisamente uno de los temas más relevantes y debatidos desde varias disciplinas. El planteamiento sobre los jesuitas y su vinculación a la agricultura colonial fue recogido desde el enfoque de la historia agraria y económica por historiadores latinoamericanos, incluyendo los ecuatorianos,<sup>1</sup> antes y después del trabajo de Cushner.

Aunque la balanza política-económica ecuatoriana ha cambiado en los últimos veinte años, la temática siempre llama la atención, por ello es relevante la preocupación del Instituto Metropolitano de Patrimonio de Quito de encargar a Gonzalo Ortiz Crespo su traducción al español, en una elegante y cuidada edición titulada *Hacienda y obraje. Los jesuitas y el inicio del capitalismo agrario en Quito colonial, 1600-1767*, para ponerla al alcance de todos.

En los siete capítulos de la historia agraria y económica trazados por Cushner, el hilo teórico conductor es la relación entre la especificidad de las características del capitalismo agrario y las empresas agrícola-ganaderas de

---

1. Segundo Moreno, "Traspaso de la propiedad agrícola indígena a la hacienda colonial: el caso de Saquisilí", en *Anuario para la Historia del Estado, Economía y Sociedad de Latinoamérica*, t. XVII, edit. Boehlau Verlag, Colonia/Viena, 1980. El mismo artículo en *Cultura: revista del Banco Central del Ecuador*, vol. IV, No. 10, Quito, 1981. El autor estudia la formación de la hacienda jesuita "La Compañía". Ver también los estudios de Christiana Borchart, "La crisis del obraje de San Ildefonso a finales del siglo XVIII", en *La Audiencia de Quito, aspectos económicos y sociales (siglos XVI-XVIII)*, Colección Pendoneros, No. 23, Quito, Banco Central del Ecuador, 1998 (1986). "Adquisición y organización de los bienes jesuitas en la antigua Provincia de Quito", en *Radiografía de la Piedra: los jesuitas y su templo en Quito*, Quito, FONSAI, 2008.